



Un texto dramático.

El lugar del que procedemos: *Trilogía de la juventud*



¿Cuál es el secreto de la *Trilogía de la Juventud*? ¿Cómo es posible en un teatro como el nuestro, tan afecto a las grandes producciones y al papanatismo festivalero pero tan reacio a defender la pequeña producción propia, que un proyecto surgido de una sala alternativa madrileña y basado en textos de autores contemporáneos llegara a convertirse en un auténtico fenómeno con 300.000 espectadores repartidos en más de 500 funciones y cincuenta ciudades, y premiado hasta en ocho ocasiones<sup>1</sup>?

Lo cierto es que hay muchas formas de contestar a esto, y la más sencilla sería referirse a la calidad intrínseca de los textos que componen el conjunto: *Las manos* (1999), *Imagina* (2001) y *24/7* (2002), escritos en colaboración por José Ramón Fernández, Yolanda Pallín y Javier G<sup>a</sup> Yagüe. Pero la capacidad de conmoción de esta trilogía va mucho más allá de lo que es común con la convencional «obra bien escrita».

Para empezar, ¿qué es la *Trilogía de la Juventud*? Pues exactamente eso: el retrato de tres generaciones de la España reciente narrado desde los correspondientes y muy distintos parámetros de lo que el concepto de juventud significó para cada una de ellas. *Las manos* transcurre en la posguerra y en un ambiente rural implacable en su rudeza pero también en su belleza, como pintado por Vela Zanetti. *Imagina* nos lleva a los cinturones industriales de las grandes ciudades a finales de los años sesenta y principios de los setenta. *24/7* sucede, por decirlo así, antesdeayer, cuando el siglo XXI acababa de empezar decepcionando todas las esperanzas puestas en él. Estamos aquí, y este es el primero de los detalles que quisiera resaltar, ante una voluntad de crónica, más social que estrictamente histórica, extraordinariamente escasa en el drama español contemporáneo. ¿Cuántas veces hemos visto esas

películas o esos melodramas teatrales norteamericanos sobre las dificultades de crecer en California o en Brooklyn en los años cincuenta o sesenta? Y sin embargo, ¿quién, en el teatro reciente, nos había contado antes, y además sin sermonearnos, la juventud cotidiana de nuestros abuelos o nuestros padres? En ese sentido, la emisión de radio que en *Imagina* acompaña a los personajes recuerda a la del *American Graffiti* de George Lucas, pero nos obliga también a recordar el papel real que ese tipo de emisora tuvo en la modernización de nuestro país a través de la difusión de una música que era expresión de libertad. La elección de la mocedad de los personajes como eje resulta un acierto que sin duda explica por qué el público joven de nuestro tiempo se dejó conquistar de inmediato no solo por los protagonistas de la tercera entrega, tan cercanos a sí mismos, sino por los de la primera y la segunda, tan lejanos. *Las manos* e *Imagina* son como ese momento trascendental de la adolescencia cuando, en plena fiebre de rebelión, abrimos casualmente un viejo álbum de fotos y descubrimos, atónitos, conmovidos, y quizá hasta un poco aterrados, que también nuestros padres fueron como nosotros. La madurez empieza el día en que nos hacemos conscientes de que no hay nada nuevo bajo el sol.

He dicho que lo social es más importante en la *Trilogía* que lo histórico. Tanto es así que de hecho ni siquiera nos importa en qué momento exacto estamos. La posguerra de *Las manos* es, más que una fecha, un estado emocional, ejemplificado por ese momento en que el Portugués trae consigo unos plátanos que los demás no han comido nunca y que devoran casi llorando porque, según la sutilísima acotación, «recuerdan». En la edición de 24/7 que hizo la revista *El Pateo* (nº 18, otoño de 2004) se dice que *Imagina* transcurre entre octubre de 1970 y abril de 1974, pero la inquietud política que mueve a los personajes podría corresponder igual a 1969 o 1975. Por lo demás, la propia anotación de *El Pateo* subraya que esas fechas son, respectivamente, las de la muerte de Janis Joplin y la Revolución de los Claveles, es decir, de nuevo cuenta más la dimensión emocional que la estrictamente cronológica. En cuanto a la propia 24/7, está escrita en 2002 y sin embargo refleja situaciones que son las de ahora mismo.

Es esa voluntad de priorizar la humilde verdad de lo cotidiano sobre las grandes certezas históricas lo que enriquece las situaciones, que reconocemos como auténticas en sus pequeños detalles: en *Imagina* se cita a Trotsky, pero también al Señor Chinarro del programa *Los payasos de la tele* que recuerdan (¡recordamos!) con deleite los que entonces eran (¡éramos!) niños. En *Las manos* el Portugués pronuncia como Tirone Pover (sic) el nombre del

célebre actor; en cambio, Richi, en *Imagina*, se enorgullece de lo bien que ha aprendido a decir Renault en francés, mientras que los personajes de *24/7* trabajan directamente en una empresa cuyo nombre inglés, Target Master & Co., repiten sin problemas porque el suyo es ya un idioma sembrado de anglicismos. Hay ahí toda una historia de los complejos internacionales de nuestro país.

Por otra parte, esta realidad no es literal. A veces los personajes dejan de serlo y se convierten en actores que comentan lo que está sucediendo. En *Las manos* aparece un formidable caballo que habla. En *24/7* hay ángeles que se filtran en los sueños de Fran para anunciarle su muerte. Lo más hermoso de todo es que la belleza de los textos no se impone al lector/espectador, sino que nos va empapando casi sin hacerse notar, como una lluvia suave. En *Las manos*, Lidia dice «De año en año pasan muchas cosas» y Berta le responde: «Aunque a veces parece que no pasa nada». La Trilogía entera queda resumida en este diálogo. Y también por las palabras que pronuncia Olmo en la última escena de *24/7*: «Yo soy mi abuelo, y mis padres, y mi hermana y mi gente, y otra gente que no he conocido nunca pero que formaron parte de mi abuelo y de mis padres. Yo estoy aquí porque ellos tomaron decisiones. Y yo voy a tomar decisiones que tendrán que ver con otros». La cadena humana es infinita y por eso la acotación final habla de los que serán jóvenes en el futuro. «Pero esa será otra historia», añade. Y la *Trilogía* concluye así, como los relatos de Kipling, tras haber constatado que el que sabe de dónde viene también será capaz de encontrar un lugar al que ir.

Ignacio García May

## ■ NOTAS

<sup>1</sup> *El Patco*, n.º 17, verano de 2004.